

HONOR Y GUERRA. LA TENSIÓN ENTRE LA REALIDAD BÉLICA Y EL DISCURSO IDEOLÓGICO EN LA CRONÍSTICA CASTELLANA DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIV

FERNANDO ARIAS GUILLÉN

Instituto de Historia, CSIC

RESUMEN: *La cronística era uno de los principales elementos que los distintos poderes medievales utilizaron para proyectar una serie de ideas que legitimaran y sublimaran su posición. En ese sentido, las actividades bélicas aparecían como un motivo recurrente y fundamental en dichos discursos ideológicos.*

Durante el reinado de Alfonso XI, la Corona auspició la creación de una serie de obras que, además de justificar y loar la acción política del monarca, transmitían una imagen de la guerra idealizada. Esta visión consideraba la práctica militar como una actividad honorable y patrimonio exclusivo de la elite social, lo que, de un modo frecuente, distaba enormemente de la realidad bélica.

Asimismo, estos autores consideraban la defensa del honor regio como un elemento válido para justificar la guerra, aunque presentaba diversos problemas al tratar de conjugarla con actitudes más pragmáticas. Fernán Sánchez de Valladolid, cronista regio, consiguió combinar ambas de manera que el monarca estuviera a salvo de cualquier crítica en todo momento.

Por otra parte, dicha visión no pertenecía en exclusiva a la cronística castellana, sino que era un elemento recurrente en otros textos coetáneos, como la obra de Jean Froissart o las crónicas reales francesas. De esa manera, en numerosas ocasiones, las crónicas mostraban una serie de imágenes y lugares comunes que respondían a un discurso ideológico determinado, no a una narración fidedigna de un acontecimiento.

PALABRAS CLAVE: Edad Media. Reino de Castilla. Alfonso XI. Crónicas. Guerra. Ideología.

HONOR AND WAR. TENSION BETWEEN THE REALITY OF WAR AND IDEOLOGICAL DISCOURSE IN CASTILIAN CHRONICLES OF THE FIRST HALF OF THE FOURTEENTH CENTURY

Fernando Arias Guillén es investigador en el Instituto de Historia del CSIC. Dirección para correspondencia: C/ Albasanz, 26-28, 28037, Madrid. E-mail: farias@ib.csic.es

ABSTRACT: *Chronicles represented one of the principal instruments used by different medieval powers to project ideas that legitimized and enlogized their authority. Warfare therefore frequently constitutes a key element of these texts. During the reign of Alfonso XI, the Crown of Castile promoted works that not only justified and glorified the king's political activity, but also invoked an idealised image of warfare. This image was based on the idea of warfare as an honourable activity and the exclusive domain of a social elite, and therefore did not reflect real military practice. The authors of these works also considered the defence of the king's honour a valid justification for war, even when this conflicted with more pragmatic attitudes. The Royal Chronicler Fernán Sánchez de Valladolid managed to reconcile the two in order to maintain the monarch beyond criticism. onicler, achieved to combine both in order to maintain the monarch beyond criticism. This approach was not exclusive to Castilian Chronicles, as it also constituted a characteristic element of other contemporary texts, like the works of Froissart or the French Royal Chronicles. This paper concludes that, rather than providing a reliable account of an event, chronicles often based their narratives on a series of common images and ideas that reflected a predetermined ideological discourse.*

KEY WORDS: Middle Ages. Castile. Alfonso XI. Chronicles. War. Ideology.

Antes de iniciar su relato, Fernán Sánchez de Valladolid afirmaba que el propósito que justificaba dicha tarea era recordar los hechos del pasado, para que éstos pudieran servir de ejemplo¹. Entre tales sucesos, los que más destacaban eran «las actuaciones de los reyes de Castilla y León, que, por la ley de Dios y acrecentamiento de la fe católica, tomaron muchos trabajos y se expusieron a muchos peligros en las lides que tuvieron con los moros para echarles de España»².

Del mismo modo, Froissart subrayaba su deseo de relatar adecuadamente las nobles empresas, aventuras y hechos de armas que sucedieron en las guerras sostenidas entre Francia e Inglaterra, para que sirvieran de futura inspiración a los hombres valientes³. Asimismo, Jean le Bel, al narrar los sucesos acaecidos entre 1326 y 1361 en diversos sitios de Europa, se centraría en las guerras y los hechos de los reyes («histoire vraye et notable des nouvelles guerres et choses avenues depuis [...]») ⁴. Por otra parte, este afán didáctico y el hecho de considerar la guerra como la principal cuestión susceptible de ser recordada son elementos recurrentes en la literatura histórica occidental desde Herodoto⁵.

¹ Este artículo ha sido posible gracias a la beca predoctoral FPU, concedida por el Ministerio de Ciencia e Innovación, cuyo número de referencia es AP2006-1585.

² *Crónica de Alfonso X*, en: ROSELL, Cayetano (ed.), *Crónicas de los reyes de Castilla: desde Don Alfonso el Sabio, hasta los Católicos Don Fernando y Doña Isabel*, Madrid, Atlas, 1953, vol. I, págs. 3-66.

³ BRERETON, Geoffrey (ed.), *Jean Froissart. Chronicles*, Nueva Cork, Penguin, 1978, pág. 37.

⁴ VIARD, Jules y DÉPREZ, Eugène (eds.), *Chronique de Jean le Bel*, París, Société de l'histoire de France, 1904-1905, vol. I, pág. 1.

⁵ En el proemio a sus historias, el autor de Halicarnaso expone el motivo de su obra: «para que ni los sucesos de los hombres con el tiempo lleguen a extinguirse ni obras grandes y admirables

Así pues, el principal propósito de esta comparación consiste en mostrar cómo la cronística castellana gestada en la Corte de Alfonso XI, aunque tuviera una motivación genuinamente política⁶, compartía diversos aspectos con otros textos coetáneos, entre los que destacaban su interés por relatar hechos bélicos y que el destinatario de estos textos era, principalmente, la elite aristocrática⁷. Además del *corpus* historiográfico realizado por Fernán Sánchez de Valladolid, también se ha tenido en consideración la *Gran Crónica de Alfonso XI*, versión interpolada en 1376 sobre el original del cronista vallisoletano⁸.

La guerra era un motivo fundamental en la cronística castellana, en especial la que se desarrollaba contra los distintos poderes musulmanes, hasta el punto de constituirse en un elemento consustancial a la propia institución regia. Ésta

—unas por helenos, otras por bárbaros realizadas— queden no celebradas, y entre las demás cosas, especialmente por qué causa guerrearon unos contra otros», GONZÁLEZ CABALLO, Antonio (ed.), *Heródoto. Historias*, Madrid, Akal, 1994, vol. I, pág. 39.

⁶ *La Crónica de Alfonso X, La Crónica de Sancho IV, La Crónica de Fernando IV y La Crónica de Alfonso XI* se concibieron como un *corpus* que justificara la política del Onceno, ignorando los triunfos de sus antecesores para centrarse en su ensalzamiento personal. MARTÍNEZ, Purificación, «La historia como vehículo político: la figura real en la *Crónica de Alfonso XI*», *Espacio, tiempo y forma*, Serie III, 13 (2000), págs. 217-218. Con los textos emanados desde Saint Denis, como las *Grandes chroniques de France*, también coincidiría el interés político, aunque en este caso el propósito fuera, lógicamente, la justificación de la monarquía francesa. Por el contrario, resulta curioso el contraste de Inglaterra con sus homólogos continentales. Las crónicas de Westminster tenían una visión influida por la Corona, pero nada que constate un compromiso a largo plazo con la causa monárquica. El profesor Given-Wilson subraya que, aunque la identidad territorial y gubernamental inglesa fuera más segura que la francesa o la ibérica, no es menos sorprendente esta ausencia de una «política cronística» a la hora de interrelacionar pasado y presente en una estrategia para legitimar a la Corona. GIVEN-WILSON, Chris, *Chronicles. The Writing of History in Medieval England*, Londres y Nueva York, Hambledon and London, 2004, págs. 153-155. Aprovecho estas líneas para consignar mi agradecimiento a Chris Given-Wilson, cuya orientación en ésta y otras cuestiones ha sido inestimable.

⁷ Ambas cuestiones estaban interrelacionadas entre sí. Aunque sea imposible conocer con exactitud la difusión que podría alcanzar la cronística elaborada durante el reinado de Alfonso XI, parece indudable que el principal destinatario sería la nobleza, pues entre sus miembros sería donde la política del Onceno encontró una mayor oposición. Del mismo modo, Froissart escribió para la casta guerrera y Jean Le Bel es considerado un cronista de su propia clase social, AINSWORTH, Peter, *Jean Froissart and the Fabric of History*, Oxford, Oxford University Press, 1990, págs. 73-74; TYSON, Diana, «Jean le Bel: portrait of a chronicler», *Journal of Medieval History*, XII (1986), pág. 316.

⁸ Purificación Martínez planteó que el segundo texto tenía un propósito político diferente, pues introducía los motivos de la fama y la salvación eterna, asociados a la nobleza, con ánimo de minar la argumentación principal del texto primigenio, consistente en asentar el poder regio, MARTÍNEZ, Purificación, «La *Crónica* y la *Gran Crónica de Alfonso XI*: dos versiones ideológicas del reinado de Alfonso XI», *Hispanic Research Journal: Iberian and Latin American Studies*, vol. 1, n.º 1 (2000), págs. 43-56. No coincido plenamente con esta idea, pues ambas nociones, aunque de una manera más incidental, también aparecían en el relato de Fernán Sánchez de Valladolid y porque la *Gran Crónica*, por su propio proceso de gestación, no resulta siempre una obra coherente.

justificaba y legitimaba así su preeminencia política⁹. A su vez, esta idea derivaba de una concepción más general de la práctica bélica, que la consideraba una actividad honorable y, por ello, ligada indefectiblemente a los estratos más elevados de la sociedad.

En la Edad Media, la guerra resultaba beneficiosa a los grupos dominantes, pues redundaba en un beneficio socioeconómico para la nobleza y, además, ofrecía considerables ventajas políticas a la Corona. Se puede incluso plantear que, en ningún momento de su historia, Europa Occidental asistió a tal imbricación entre la realidad social y la bélica, pues se denotaba una impregnación de lo religioso por lo guerrero, una militarización de la escala de valores sociales y se llegaba a establecer una vinculación entre el disfrute del poder y la ejecución de proezas en el campo de Marte¹⁰. Así pues, las elites proyectaban y modelaban una serie de imágenes que buscaban una sublimación de las actividades militares, ya que tal desempeño justificaba su posición preeminente¹¹. No obstante, resulta erróneo concebir la guerra como una actividad continua y característica de la época medieval, llegando al extremo de creer que sólo la práctica bélica permitía a la clase dominante mantener su rango¹². Esta visión positiva se mantuvo incólume hasta los últimos siglos medievales, momento en el que apareció cierto rechazo a la idea predominante, pues, hasta la fecha, las

⁹ «Pero el non dexo por esto de poner en obra dos cosas las mas principales que Dios le encomendo en el rreyno, la una la justicia, e la otra la guerra contra los moros», *Crónica de Alfonso XI*, en: ROSELL, Cayetano (ed.), *Crónicas de los reyes de Castilla: desde Don Alfonso el Sabio, hasta los Católicos Don Fernando y Doña Isabel*, Madrid, Atlas, 1953, vol. I, pág. 203 y CATALÁN, Diego, *Gran Crónica de Alfonso XI*, Madrid, Gredos, 1977, vol. I, pág. 397. Es decir, la cronística consideraba la guerra contra los musulmanes «una exigencia a la que ineludiblemente tenían que hacer frente los monarcas hispanos, en una obligación histórica que derivaba del cargo, por cuyo cumplimiento o incumplimiento serían juzgados posteriormente», MARAVALL, José Antonio, *El concepto de España en la Edad Media*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1981, pág. 263. Para el caso concreto de la cronística del reinado del Onceno, esta cuestión se percibe también desde un punto de vista cuantitativo, porque la guerra fue, con mucho, el tema que más atención recibió. En ese sentido, véase el cómputo de páginas que dedicó Fernán Sánchez de Valladolid a narrar los acontecimientos bélicos, en especial la batalla del Salado, realizado por ROJAS, Gabriel, «La batalla en la Edad Media y su contexto estratégico. El choque del Salado (1340), reexaminado», en: GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Manuel (ed.), *Tarifa en la Edad Media*, Tarifa, Excmo Ayuntamiento de Tarifa, 2005, pág. 151 (aparece reflejado en una nota al pie).

¹⁰ GARCÍA FITZ, Francisco, *Ejércitos y actividades guerreras en la Edad Media Europea*, Madrid, Cuadernos de Historia, 1998, págs. 9-11 y «Las guerras de cada día en la Castilla del siglo XIV», *Edad Media. Revista de Historia*, 8 (2007), pág. 181.

¹¹ CONTAMINE, Philippe, *La guerra en la Edad Media*, Barcelona, Crítica, 1984, pág. 301 y FERNÁNDEZ DE LARREA Y ROJAS, Jon Andoni, *Guerra y sociedad en Navarra durante la Edad Media*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1992, pág. 11. En la Edad Moderna, al perder su función guerrera, el privilegio nobiliario debió buscar nuevas fórmulas de legitimación, MARAVALL, José Antonio, *Poder, honor y elites en el siglo XVII*, Madrid, Siglo XXI, 1989, pág. 201.

¹² HEERS, Jacques, *La invención de la Edad Media*, Barcelona, Crítica, 1995, págs. 135-136.

voces más críticas con la actividad guerrera no se oponían a ésta, sino que buscaban limitarla o encauzarla¹³.

La realidad militar del siglo XIV no se correspondía con esta representación, pese a gozar de una tradición secular. La diferencia entre la práctica bélica y el discurso ideológico provocaba una serie de tensiones que los diversos autores debían conjugar, lo que no siempre era una tarea fácil.

Esta fricción se hacía especialmente visible en el caso del honor y tenía dos vertientes principales. En primer lugar, la guerra se consideraba una actividad exclusiva de la elite aristocrática, a quien se le asociaba un código de conducta moral que le llevaba a actuar siempre honorablemente, pues su comportamiento debía responder a unas convenciones supuestamente establecidas. Aunque no habría una definición monolítica y ortodoxa, sí se percibe que una serie de ideas, lugares comunes y concepciones aparecían de manera recurrente en la mayoría de textos¹⁴.

Esta idea se veía desafiada por la composición de los ejércitos, los cuales, pese a contar con un elemento nobiliario importante, albergaban a grupos sociales de diverso origen, y por la propia estrategia bélica en sí, que conllevaba destrucción, violaciones, robos, masacres, etc. La respuesta que se dio a esta problemática consistía, principalmente, en centrar la atención del relato en las acciones de los personajes de alta extracción social, que aparecían como los indudables protagonistas de los conflictos, mientras que los efectos más negativos de la guerra o las actitudes más reprobables se achacaban a los grupos inferiores, lo que revelaba lo poco adecuado que resultaba su presencia en tan honorable actividad.

La segunda cuestión hacía referencia al honor como elemento que justificaba y explicaba cualquier enfrentamiento bélico, y aunque se asumía como un argumento legítimo, el problema radicaba en conjugarlo con actitudes más pragmáticas, por lo que, al existir una serie de límites y condiciones, no siempre era un motivo válido y respetable. Como se verá más adelante, la actuación de los monarcas era especialmente sensible a esta problemática.

¹³ Por ejemplo, la obra de Chaucer tiene cierta visión negativa de la guerra, SAUL, Nigel, «A Fareweel to Arms? Criticism of Warfare in late Fourteenth-Century England», en: GIVEN-WILSON, Chris ORMROD, Mark y SAUL, Nigel (eds.), *Fourteenth Century England*, Woodbridge, Boydell, 2002, vol. II, pág. 13. No obstante, el ejemplo más evidente es el *Livre des faits d'armes et de chevalerie* (c. 1410) de Christine de Pisan, donde, al contrario que en los textos de Froissart, hay una ausencia de la idea de *prowess*. Incluso, algunos estudios la han considerado una autora proto-pacifista, LE SAUX, Francoise, «War and Knighthood in Christine de Pizan's *Livre des faits d'armes et de chevalerie*», en: SAUNDERS, Corrine, LE SAUX, Francoise y THOMAS, Neil (eds.), *Writing War, Medieval Literary Responses to Warfare*, Cambridge, D.S. Brewer, 2004, págs. 93 y 97. *Prowess* hace referencia a la virtud caballeresca por antonomasia y, aunque puede traducirse en castellano como audacia o destreza, parece un concepto más complejo que alberga ambas nociones.

¹⁴ Nunca podría haber una definición unívoca de honor, pues éste siempre es una realidad dialéctica, por lo que existiría una lucha por el control de su definición PITT-RIVERS, Julian y PERISTIANY, John, «Introducción», en: PITT-RIVERS, Julian y PERISTIANY, John (eds.), *Honor y gracia*, Madrid, Alianza Universidad, 1992, pág. 20.

Antes de analizar dichas ideas de manera más pormenorizada debe hacerse una breve disquisición conceptual entre honor y honra. El primero se define como un sentimiento íntimo, mientras que el segundo aparece como una manifestación social externa. No obstante, esta distinción resulta ficticia, pues existía una ligazón entre ambas difícil de soslayar¹⁵. Asimismo, debe también mencionarse que, en el Siglo de Oro, se identificaban ambos términos e, incluso, autores precedentes los confundían¹⁶. De un modo similar se expresó Julio Caro Baroja, quien apuntaba que, aunque el honor tenía un realce poético y social del que la honra carecía, ambos términos se podían analizar en época medieval como si fueran sinónimos¹⁷. Por estas razones, en las páginas siguientes se usarán indistintamente las voces «honor» y «honra», aunque, generalmente, sólo la segunda aparecía reflejada en las fuentes castellanas utilizadas.

LOS PROTAGONISTAS DE LA GUERRA: LA APROPIACIÓN DEL HONOR

«Los que son escogidos para cavalleros e son mas onrrados que todos los otros defensores»¹⁸.

Según el clásico esquema tripartito en el que, en teoría, se encuadraba la sociedad medieval, el grupo de los *bellatores* era el encargado de desempeñar las funciones militares. Es decir, su tarea consistía en la defensa de los otros dos órdenes. Pero, como muestra el fragmento de las *Partidas*, la realidad no era tan sencilla, pues la nobleza, estamento que se arrogaba las competencias bélicas y justificaba su posición precisamente por ese monopolio de la violencia, no era, a la postre, la única capacitada para realizar la guerra¹⁹.

A su vez, los guerreros se solían identificar con los caballeros, lo que hacía aún más difícil una definición unívoca de los *bellatores*. La idea de caballería era enormemente compleja, pues, aunque estaba interrelacionada con la nobleza,

¹⁵ MADERO, Marta, *Manos violentas, palabras vedadas. La injuria en Castilla y León (siglos XIII-XV)*, Madrid, Taurus, 1992, pág. 28; PITT-RIVERS, Julian, «Honor y categoría social», en: PERISTIANY, John (ed.), *El concepto del honor en la sociedad mediterránea*, Barcelona, Labor, 1968, pág. 22 y «La enfermedad del honor», en: GAUTHERON, Marie (ed.), *El honor. Imagen de sí mismo o don de sí, un ideal equívoco*, Madrid, Cátedra, 1992, pág. 20. De manera análoga también se postuló Agnes Heller, quien afirmó que «el esquema-base de la moral es la subordinación de las necesidades, deseos, aspiraciones particulares a las exigencias sociales», véase HELLER, Agnes, *Sociología de la vida cotidiana*, Barcelona, Península, 1987, pág. 133.

¹⁶ MAIZA OZCOIDI, Carlos, «La definición del concepto de honor: Su entidad como objeto de investigación histórica», *Espacio, tiempo y forma. Serie IV, Historia moderna*, 8 (1995), pág. 192.

¹⁷ CARO BAROJA, Julio, «Honor y vergüenza», en: PERISTIANY, John (ed.), *El concepto del honor en la sociedad mediterránea*, Barcelona, Labor, 1968, págs. 80 y 95.

¹⁸ *Las Siete Partidas*, Valladolid, Lex Nova S.A., 1988, Segunda Partida, Tratado 21, Ley 1.

¹⁹ Sobre esta cuestión, la referencia clásica sigue siendo DUBY, Georges, *Los tres órdenes o Lo imaginario del feudalismo*, Madrid, Argot, 1983 (2.^a ed.).

no hacía referencia de manera exclusiva a este grupo ni podían identificarse plenamente ambas nociones. De hecho, el concepto de caballería se definió en Castilla en el período 1250-1325, pero se pondría en tela de juicio en los años siguientes, dando lugar a un profuso debate sobre el término²⁰.

En esta línea, don Juan Manuel presentaba en su obra la manera en que cada cual podía salvar su alma, que no era otra que desempeñando la función estamental que le correspondía por nacimiento. Sin embargo, reconocía la existencia de personas en el grupo de los defensores que, pese a cumplir esa actividad, no pertenecían por origen a dicho estado, lo que indicaba una ruptura del orden social. Asimismo, el reconocimiento de la existencia del vínculo de naturaleza, junto con el de vasallaje, significaba que el servicio al rey era extensible a todos los naturales del reino, lo que implicaba que la función militar y defensiva, una de las manifestaciones más evidentes de dicho servicio, atañía a toda la sociedad²¹.

Por su parte, en la crónica del reinado del Onceno, la guerra aparecía reflejada como una tarea propia de la caballería/nobleza, verdadera protagonista de los enfrentamientos bélicos. Cuando el texto quiere referirse a aquéllos que luchan montados, es decir, jinetes, suele usar la expresión «de caballo»²². De ese modo, se infiere que el término «caballero» o «caballería» tiene otro significado más preciso, que hacía alusión a la elite social²³. Esta visión contrastaba

²⁰ KEEN, Maurice, *La caballería*, Barcelona, Ariel, 1996, págs. 13 ss. y 192 ss. y RODRÍGUEZ VELASCO, Jesús, *El debate sobre la caballería en el siglo XV. La tratadística castellana en su marco europeo*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1996, págs. 18-19. La visión de la guerra como actividad honorable puede ponerse en íntima relación con la idea de *ethos* caballeresco. No obstante, se ha tomado la decisión metodológica de orillar voluntariamente este concepto, pues el término caballería es susceptible de dar lugar a equívoco ya que, al ser una idea cuestionada y polisémica, podía inducir a interpretaciones erróneas. No hay duda de que existe toda una ética y un discurso ideológico en el que el honor y la caballería pueden coincidir e, incluso, solaparse, lo que es más discutible es quién podía participar de dicha visión o estaba incluido en la misma. Analizar esta cuestión de manera pormenorizada excedería los propósitos de este trabajo, por lo que simplemente se apuntará alguna breve idea sobre el uso del término caballería en la crónica gestada por Alfonso XI.

²¹ GARCÍA FITZ, Francisco, «La guerra en la obra de Don Juan Manuel», en: LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, José Enrique (ed.), *Estudios sobre Málaga y el Reino de Granada en el V Centenario de la Conquista*, Málaga, Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial, 1987, págs. 71-72. Para un análisis más extenso de la cuestión me remito a ESTEPA DíEZ, Carlos, «Naturaleza y poder real en Castilla», trabajo presentado en el seminario celebrado en Cuenca en noviembre de 2007 bajo el epígrafe «Construir la identidad en la Edad Media. Poder y memoria en la Castilla de los siglos VII a XV» y pendiente de ser publicado. Aprovecho para agradecerle al profesor Carlos Estepa su amabilidad por permitirme consultar su trabajo antes de ser publicado y compartir conmigo su conocimiento sobre éste y otros temas.

²² Por ejemplo, la hueste castellana que se envió a descercar a Badajoz en 1336 constaba de «seys çientos de cavallo e la compañía de pie passavan de nueve mill peones», *Crónica de Alfonso XI*, vol. I, pág. 281 y *Gran Crónica de Alfonso XI*, vol. II, pág. 153.

²³ El Onceno deseaba establecer la caballería como un dispositivo político que ligara a la nobleza con el rey mediante la ceremonia ritual de investidura. Esta concepción era totalmente

con la auténtica composición de los ejércitos, en los que la infantería era un elemento imprescindible en todas las campañas. La presencia de peones fue una constante en las huestes medievales, y su coordinación con la caballería una cuestión técnica y táctica cada vez más decisiva²⁴.

En el siglo XIV esta situación era patente, pues en numerosas batallas, como Courtrai (1302), Bannockburn (1314) o Crécy (1346), el ejército vencedor se basaba en tropas de infantería²⁵. Además, varios autores han puesto en tela de juicio la idea tradicional de la inequívoca superioridad militar de la caballería durante los siglos centrales de la Edad Media. Se considera que, independientemente de su motivación o el equipo del que estuvieran dotados, ésta no

opuesta a la idea manuelina, que la consideraba un sacramento más, retomando la visión de las *Partidas* alfonsíes, GARCÍA DÍAZ, Isabel, «La política caballeresca de Alfonso XI», *Miscelánea medieval murciana*, XI (1984), págs. 124-126; LINEHAN, Peter, *History and the historians of Medieval Spain*, New York, Oxford University Press, 1993, pág. 581 y RODRÍGUEZ VELASCO, Jesús, *El debate sobre la caballería...*, págs. 18-19 y 22-23. Por otra parte, este resurgimiento de la caballería mostraba un cierto regusto anacrónico, pues, en varios aspectos, respondía a un arquetipo nobiliario de los siglos XII y XIII, ya que se imbricaba en una serie de virtudes asociadas, tradicionalmente, a la aristocracia: el valor, la lealtad, la perseverancia, el esfuerzo o la fortaleza, MARIANA NAVARRO, Andrea, «El resurgimiento de la caballería nobiliaria en la política de Alfonso XI», *Temas medievales*, 12 (2004), págs. 177 y 185. Por su parte, Leonard Funes señala que «la mentalidad aristocrática se cuela en el proyecto historiográfico regio, pues la continuación de la historia de los reyes se entiende ideológicamente y narrativamente como perpetuación de los ideales de conducta caballeresca a través de la rememoración de los hechos nobles». FUNES, Leonard, «Historia, ficción, relato: invención del pasado en el discurso histórico de mediados del siglo XIV», en: FORTUÑO, Santiago y MARTÍNEZ ROMERO, Tomás (eds.), *Actes del VII Congrès de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval, Castelló de la Plana del 22 al 26 de setembre de 1997*, Castelló de la Plana, Universitat Jaume I, 1999, pág. 180. Del mismo modo, François Foronda menciona los elementos aristocráticos que aparecían en las obras cronísticas del siglo XIV, pues fueron elaboradas en un momento de consenso político, FORONDA, François, «El miedo al rey. Fuentes y primeras reflexiones acerca de una emoción aristocrática en la Castilla del siglo XIV», en: *Cultura, lenguaje y prácticas políticas en las sociedades medievales. Madrid, 15-16 de febrero de 2007*, <http://e-spania.revues.org/index2273.html> (19/06/2009). Sobre el consenso político generado por el Onceno y la importancia de la caballería como elemento simbólico que constataba la vinculación entre el rey los nobles véase ESTEPA DíEZ, Carlos, «La monarquía castellana en los siglos XIII-XIV. Algunas consideraciones», *Edad Media. Revista de Historia*, 8 (2007), págs. 79-98 y «The Strengthening of Royal Power in Castile under Alfonso XI», en: ALFONSO, Isabel, KENNEDY, Hugh y ESCALONA, Julio (eds.), *Building Legitimacy. Political Discourses and Forms of Legitimation in Medieval Societies*, Leiden y Boston, Brill, 2004, págs. 179-222.

²⁴ LADERO QUESADA, Miguel Ángel, «Guerra y paz: teoría y práctica en Europa Occidental. 1280-1480», en: *Guerra y diplomacia en la Europa Occidental. 1280-1480. XXXI Semana de Estudios Medievales. Estella del 19 al 13 de julio de 2004*, Pamplona, Fondo de Publicaciones del Gobierno de Navarra, 2005, pág. 30.

²⁵ DEVRIES, Kelly, *Infantry warfare in the early fourteenth century*, Woodbridge, Boydell, 1996, pág. 191. En esta obra la autora analiza numerosas batallas europeas de la primera mitad del siglo XIV, aunque ninguna en la que participaran tropas castellanas o cuyo escenario fuera la Península Ibérica.

era capaz de imponerse sobre infantes que mantuviesen la formación, salvo con la ayuda de proyectiles²⁶.

Tal desarrollo llevó incluso a que todos los integrantes de los ejércitos ingleses lucharan a pie en las batallas campales, nobles inclusive. No obstante, esa innovación, pese a su efectividad, como se demostró en numerosas ocasiones, no gozaba de especial simpatía en los textos cronísticos²⁷. En igual sentido, la mayor parte de las fuentes primarias y secundarias del siglo XIV sobre la batalla de Crécy apenas señalaban la importancia de los arqueros, pues los cronistas se resistían a sugerir que la victoria no se debió a los esfuerzos de los caballeros (*knightly class*)²⁸.

En lo que respecta al caso castellano, es difícil calibrar la verdadera importancia de este cuerpo en época de Alfonso XI, al no existir apenas estudios sobre la composición de los ejércitos en dicho momento²⁹. La única fuente que proporciona algún tipo de información es la cronística, por lo que los datos que facilita, en especial los números en los que cifra las huestes, deben tomarse con suma precaución³⁰.

En líneas generales, se considera que, progresivamente, fue adquiriendo mayor importancia frente a una caballería, que estaba equipada con un arma-

²⁶ BENNET, Matthew, «The Myth of the Military Supremacy of Knightly Cavalry», en: STRICKLAND, Matthew (ed.), *Armies, Chivalry and Warfare in Medieval Britain and France. Proceedings of the 1995 Harlaxton Symposium*, Stamford, Paul Watkins, 1998, págs. 311 y 316 y STRICKLAND, Matthew, *War and Chivalry. The Conduct and Perception of War in England and Normandy 1066-1217*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pág. 179.

²⁷ Por ejemplo, Geoffrey le Baker lamentaba que en la batalla de Halidon Hill (1333, aunque el cronista la fecha erróneamente en 1332), los ingleses lucharan desmontados, en contra de cómo lo habían hecho sus padres («[...] et, contra antiquatum morem suorum patrum, pedes pugnare»), GILES, John (ed.), *Galfridi Le Baker de Swimbroke: Chronicon Angliae temporibus Edwardi II et Edwardi III*, Londres, Caxton Society, 1847, pág. 118.

²⁸ AYTON, Andrew y PRESTON, Philip, *The Battle of Crecy 1346*, Woodbridge, Boydell, 2005, págs. 343-346. Hasta el siglo XVIII, el liderazgo aparecía como la clave de las victorias inglesas. La imagen ideal del galante, pero socialmente humilde, arquero inglés enfrentado al depravado y desdeñoso señor (*gentleman*) francés estaba relacionada con el ascenso de la burguesía victoriana británica, CURRY, Anne, *The Battle of Agincourt: Sources and Interpretations*, Woodbridge, Boydell, 2000, pág. 404.

²⁹ GARCÍA FITZ, Francisco, «Las guerras de cada día...», págs. 145-181. La única excepción es el trabajo de Nicholas Agrait, que se mencionará a continuación.

³⁰ En determinadas ocasiones, las cifras que ofrece la cronística son, a todas luces, falsas. Esto se explica, primero, por la escasa familiaridad de esta sociedad con los números, y, segundo, porque encajaba mejor en una interpretación teológica y providencial, BARKAI, Ron, *Cristianos y musulmanes en la España Medieval (El enemigo en el espejo)*, Madrid, Rialp, 1991 (2.ª edición), pág. 234 y ALVIRA CABRER, Martín, *12 de Septiembre de 1213. El jueves de Muret*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2002, pág. 363 y «La muerte del enemigo en el pleno medievo: cifras e ideología (el modelo de Las Navas de Tolosa)», *Hispania*, LV/2, n.º 190 (1995), págs. 410 y 413-414. Un interesante análisis sobre la dimensión de los ejércitos castellanos medievales se encuentra en GARCÍA FITZ, Francisco, *Las Navas de Tolosa*, Madrid, Ariel, 2005.

mento más ligero que la francesa y contaba con la particularidad de que algunos de sus integrantes cabalgaban «a la jineta»³¹. Por otra parte, y desde un punto de vista cuantitativo, parece que constituía un grupo muy superior a la caballería, pues el número de jinetes era, con claridad, menor que el de peones³². Además, el papel de estas tropas sería de gran importancia en los asedios³³.

Aunque la práctica de la guerra competía, en la realidad, a numerosos grupos, la crónica buscaba acentuar el protagonismo de la nobleza como el principal colectivo que la desarrollaba. Así, en un ejercicio de metonimia, el ejército castellano que se dirigía a descercar Tarifa era denominado «caballería de España»³⁴. De igual modo, pese a la presencia evidente de infantería, la acción, en cualquier choque, se centraba, únicamente, en los caballeros o en los escuderos, relatando sus acciones heroicas durante el combate, lo que Catalán denominó «visión cinematográfica de la batalla»³⁵.

Tampoco se hacía mención alguna a la muerte de personas de extracción humilde, ni tan siquiera con un número indefinido, pues, como ejemplo, tras la batalla del Salado (1340), la crónica sólo contabilizó como bajas a quince o

³¹ LADERO QUESADA, Miguel Ángel, «La organización militar de la Corona de Castilla durante los siglos XIV y XV», en: LADERO QUESADA, Miguel Ángel (ed.), *La incorporación de Granada a la Corona de Castilla*, Granada, 1993, págs. 211-212 y LOURIE, Elena, «A society organized for war: Medieval Spain», *Past and Present*, 35 (1966), pág. 73.

³² Recordando el ejemplo puesto anteriormente, en 1336, el ejército castellano que fue a descercar Badajoz, bajo asedio portugués, incluía «seys cientos de cavallo e la compañía de pie passavan de nueve mill peones», *Crónica de Alfonso XI*, vol. I, pág. 281 y *Gran Crónica de Alfonso XI*, vol. II, pág. 153. La tesis doctoral de Nicholas Agrait plantea que la infantería superaría en proporción 4-1 ó 5-1 a la caballería, aunque hace este cómputo de un modo genérico, orientándose por los escasos datos que aporta la crónica y considerando que los ejércitos castellanos serían similares a sus homólogos de Europa Occidental, AGRAIT, Nicholas, *Monarchy and Military Practice during the Reign of Alfonso XI, 1312-1350*, Ph. D. Dissertations, Fordham University, 2003, págs. 71-72. Debo agradecerle al profesor Nicholas Agrait que me permitiera consultar su trabajo, aún inédito. Asimismo, quiero también darle las gracias al profesor Francisco García Fitz, quien fue sumamente amable y me posibilitó ponerme en contacto con Agrait.

³³ En 1333, durante el asedio granadino de Castro, el enorme número de ballesteros de los atacantes les confería gran ventaja, pues era una amenaza constante sobre los defensores, *Crónica de Alfonso XI*, vol. I, pág. 243 y *Gran Crónica de Alfonso XI*, vol. II, pág. 26. Asimismo, se refiere la presencia e importancia de los almogávares, que actuaron como zapadores en el infructuoso asedio para recuperar Gibraltar en 1333, *Crónica de Alfonso XI*, vol. I, pág. 253 y *Gran Crónica de Alfonso XI*, vol. II, págs. 54-55.

³⁴ *Gran Crónica de Alfonso XI*, vol. II, págs. 389 y 403. Según el relato, la hueste regia constaba de trece mil caballeros, pero la presencia de peones es evidente, pues incluso se señala que cuatro mil de éstos se enviaron a Tarifa para atacar por sorpresa al día siguiente. *Crónica de Alfonso XI*, vol. I, pág. 325 y *Gran Crónica de Alfonso XI*, vol. II, págs. 411-412.

³⁵ CATALÁN, Diego, *Un cronista anónimo del siglo XIV (La «Gran Crónica de Alfonso XI»). Hallazgo, estilo, reconstrucción*, La Laguna, Universidad de La Laguna, 1955, pág. 40. Este tipo de descripciones era más propio de la *Gran Crónica*, no obstante, en la *Crónica* también se dan pormenores de las acciones valerosas de algunos escuderos o caballeros, como en el choque de 1343 contra las tropas musulmanas que intentaban descercar Algeciras, *Crónica de Alfonso XI*, vol. I, pág. 367.

veinte caballeros, incluyendo a dos escuderos mallorquines³⁶. En esta línea, Fernán Sánchez de Valladolid también ninguneó a las personas de más baja condición que murieron durante el cerco de Algeciras (1342-1344), ya que, una vez tomada la ciudad, el texto incluyó una relación de los caídos a lo largo de la campaña para rendir honor a su memoria, pero aludía, únicamente, a nobles y caballeros³⁷.

Ese desdén hacia la vida de los grupos sociales inferiores no es exclusivo de la cronística castellana, sino una práctica común. Por ejemplo, Geoffrey le Baker relató que el número de caballeros y hombres de dignidad superior muertos en Crécy excedieron los cuatro mil y que nadie se preocupó de contar los otros que fueron asesinados³⁸. De igual modo, siglos antes, un cura de Fécamp, testigo de la batalla de Tinchebrai (1106), señaló el hecho milagroso de que el rey inglés Enrique I no perdiera más que dos caballeros, ignorando las bajas de la gente de menor categoría³⁹.

Si se cifraban estas bajas, se hacía de un modo vago e impreciso. Además, el propósito de este cómputo trataba de ensalzar la magnitud de la victoria, pues las que se mencionaban eran las ocasionadas al bando derrotado. De tal modo, Fernán Sánchez de Valladolid elevó las bajas del bando musulmán en la batalla del Salado a la inverosímil cifra de cuatrocientas mil personas⁴⁰. En esta línea, Froissart y Jean le Bel dieron unas estimaciones muy precisas de los nobles y caballeros franceses muertos o capturados en Crécy, mientras que se limitaron a calcular en quince o dieciséis mil los fallecidos de menor rango⁴¹. Este último, al referir la batalla de Poitiers (1356), afirmó que en ella se mató tal número de gente común que no se podría creer⁴².

Únicamente se mencionaba la actuación de gente de baja condición de un modo negativo, para resaltar su comportamiento deshonesto⁴³. La cronística proyectaba sobre este grupo una imagen de avaricia y cobardía, además de menospreciar sus habilidades guerreras e imputarles todo crimen o acto cruel derivado de la actividad bélica. En otros textos coetáneos también se percibe una patente animosidad contra la presencia de estos grupos en los ejércitos. Así, por ejemplo, los cronistas de Saint Denis manifestaban el disgusto de que

³⁶ *Crónica de Alfonso XI*, vol. I, pág. 327 y *Gran Crónica de Alfonso XI*, vol. II, pág. 434.

³⁷ *Crónica de Alfonso XI*, vol. I, pág. 390.

³⁸ «Summa virorum militarium et superioris dignitatis in illo bello peremptorum excedat quatuor millia, alias res ibi de occisis nemo curavit numerare», *Chronicon Angliae temporibus Edwardi II et Edwardi III*, pág. 168.

³⁹ STRICKLAND, Matthew, *War and Chivalry...*, pág. 176.

⁴⁰ *Crónica de Alfonso XI*, vol. I, pág. 328 y *Gran Crónica de Alfonso XI*, vol. II, págs. 436-437.

⁴¹ *Chronicles*, pág. 95 y *Chronique de Jean le Bel*, vol. II, pág. 108. La concordancia de cifras entre ambos autores se debe a que Froissart utilizó la crónica de Jean le Bel como base fundamental de su relato hasta 1360 aproximadamente, como el propio autor señalaba en el inicio de su obra.

⁴² *Chronique de Jean le Bel*, vol. II, pág. 235.

⁴³ Como señala el profesor Given-Wilson, sólo cuando los plebeyos amenazaban con alterar el orden natural, las crónicas les hacían referencia GIVEN-WILSON, Chris, *Chronicles...*, pág. 63.

tantos nobles, encabezados por el rey de Bohemia, murieran en Crécy a manos de «*gent de nulle value*»⁴⁴. De un modo similar, sir Thomas Gray refería, con disgusto, que la caótica situación de Francia tras la batalla de Poitiers fuera aprovechada por muchos, quienes, aunque empezaron como arqueros, llegaron a ser caballeros o, incluso, capitanes⁴⁵.

Por ejemplo, en el enfrentamiento de Guadalteba de 1330, fue la infantería la que cayó en una trampa preparada por Ozmín, caudillo granadino, por no recordar los peligros del «tornafuye», la típica táctica de los musulmanes⁴⁶. Asimismo, en 1343, en uno de los muchos enfrentamientos relativos al asedio de Algeciras, tropas castellanas emprendieron la huida y quienes cometieron tal deshonor eran, evidentemente, «gentes allegadizas de muchos señores», no caballeros⁴⁷. Anteriormente, Jiménez de Rada también quiso recalcar que ninguno de los que huyeron durante el choque de las Navas (1212) era un combatiente ilustre⁴⁸.

De manera análoga, en la campaña de 1346, tanto Froissart como Jean le Bel relataron cómo la gente de Caen, preparada para defender la ciudad, al ver los pendones ingleses y oír los gritos de los arqueros, huyó apresuradamente, haciendo inútiles los esfuerzos del Conde de Eu, Condestable de Francia, por ofrecer resistencia⁴⁹.

Por otra parte, la citada batalla de Guadalteba hubiera sido una victoria aún mucho mayor si «gentes allegadizas» hubieran perseguido a los moros en vez de detenerse a saquear sus tiendas⁵⁰. Igualmente, «hombres de pequeña valía» fueron los que se detuvieron en la batalla del Salado a saquear el real meriní en vez de proseguir la lucha, cometiendo, además, la infamia de asesinar a las mujeres que allí había⁵¹. En el relato del arzobispo toledano, también el

⁴⁴ VIARD, Jules (ed.), *Grandes chroniques de France*, París, Société de l'histoire de France, 1920-1953, vol. IX, pág. 283.

⁴⁵ La extracción social del autor de la *Scalacronica*, quien era un caballero del norte de Inglaterra, y la visión idealizada que tenía de este colectivo hacían que viese con disgusto la movilidad social derivada de la guerra. Para Sir Thomas Gray la caballería era «aquella orden que es iluminada por las buenas costumbres, el apoyo de los mayores, de las damas y de la Santa Iglesia» («order which is enlightened by good customs, a support for the old, for maidens and for Holy Church»), KING, Andy (ed.), *Sir Thomas Gray. Scalacronica 1272-1363*, Woodbridge, Boydell, 2005, pág. 3.

⁴⁶ *Crónica de Alfonso XI*, vol. I, pág. 226 y *Gran Crónica de Alfonso XI*, vol. I, págs. 482-483.

⁴⁷ *Crónica de Alfonso XI*, vol. I, pág. 369.

⁴⁸ «[...] ita ut etiam aliqui, non tamen de magnis, uidebantur fuge presidio inhiare», FERNÁNDEZ VALVERDE, Juan (ed.), *Roderici Ximenii de Rada Historia de rebus Hispaniae sive Historia gothica*, Turnholti, Typographi Brepols Editores Pontificii, 1987, pág. 272.

⁴⁹ *Chronicles*, pág. 74 y *Chronique de Jean le Bel*, vol. II, pág. 81. De nuevo, el relato de ambos autores es casi exacto.

⁵⁰ *Crónica de Alfonso XI*, vol. I, pág. 226 y *Gran Crónica de Alfonso XI*, vol. I, págs. 482-483.

⁵¹ *Crónica de Alfonso XI*, vol. I, pág. 329 y *Gran Crónica de Alfonso XI*, vol. II, págs. 442-443.

real agareno fue saqueado por los más pobres⁵². El sacrificio de no coger el botín y seguir luchando era considerado una virtud de la que los peones y la gente de condición humilde carecían. En esta línea, la *Segunda Partida* advertía que un caballero no debía ser pobre, pues, en tal caso, su apetencia sería el botín, en vez de perseguir otros ideales menos espurios⁵³.

Achacar en exclusiva estas actitudes ignominiosas a la soldadesca era también una idea recurrente en numerosas crónicas. Por ejemplo, en las que relataron el enfrentamiento de Bouvines (1214) entre Felipe II Augusto y Otón IV, se narraba cómo el conde de Flandes, cuando se aprestaba a rendirse, fue herido ruímente en la cara por un peón⁵⁴.

Del mismo modo, Froissart y Jean le Bel describían el saqueo de Caen como una orgía de muerte y destrucción. En plena vorágine, el Condestable de Francia y el Conde Tancarville temían ser asesinados a manos de los arqueros, quienes no les reconocerían. Por fortuna, divisaron a Sir Thomas Holland, un valiente caballero al que recordaban de campañas en Prusia y Granada, ante el que se rindieron. Además, el relato mencionaba que Holland, dando prueba de su noble corazón, consiguió impedir muchas crueldades que, de otro modo, se habrían cometido. Igualmente, varios galantes caballeros ingleses que estaban con él previnieron muchos actos malvados y evitaron que muchas bellas mujeres del pueblo y monjas fueran violadas⁵⁵.

Algo similar ocurrió tras la victoria de Crécy. Eduardo III se lamentó de la enorme pérdida de rescates que se produjo porque grupos de saqueadores y tropas irregulares, entre las que señalaba a galeses y gentes de Cornualles («*Cornishmen*»), asesinaran condes, barones, señores, etc., durante la persecución, sin hacer distinción alguna por el rango⁵⁶.

De esa manera, aunque no era el único grupo que participaba en las actividades bélicas, el honor aparecía como patrimonio exclusivo de la elite social, pues los personajes de dicho rango aparecían como los verdaderos protagonistas de la guerra y quienes la desarrollaban de manera honrosa. Esta visión idealizada de la guerra no se limitaba a esta vertiente, ya que también se consideraba el honor como un motivo legítimo para justificar un conflicto militar.

⁵² «[...] in omnibus partibus corporis detruncati et iam a pauperibus spoliati, in toto campo nec signum sanguinis poterat inueniri», *Historia de rebus Hispaniae sive Historia gothica*, pág. 274.

⁵³ *Las Siete Partidas*, Segunda Partida, Tratado 21, Ley 12.

⁵⁴ Véase DUBY, Georges, *El domingo de Bouvines, 24 de julio de 1214*, Madrid, Alianza, 1988, pág. 39.

⁵⁵ *Chronicles*, pág. 75 y *Chronique de Jean le Bel*, vol. II, págs. 82-83. Una vez más, ambos autores presentan un texto prácticamente idéntico.

⁵⁶ *Chronicles*, pág. 93.

EL HONOR COMO *CASUS BELLI*. LÍMITES Y PROBLEMÁTICA

«Todas las otras cosas deve omne ante sufrir que començar guerra, salvo la desonra». Incluso «la muerte, que es la mas grave cosa que puede seer, debe omne ante sufrir que pasar et sufrir desonra»⁵⁷.

Al igual que don Juan Manuel, las *Partidas* alfonsíes afirmaban que uno de los motivos que podían generar enemistad era recibir algún tipo de deshonra⁵⁸. En la misma línea, el *Poema de Alfonso XI* consideraba que ganar honra era uno de los objetivos políticos militares a los que se debía aspirar⁵⁹. Por su parte, en el *Speculum regum*, Álvaro Pelayo, obispo de Silves, recordaba que no había que permitir que la cobardía llevase a caer en la desesperación, pues se debía buscar la honra antes que la salvación temporal u otras ventajas⁶⁰.

Por su parte, la cronística elaborada durante el reinado de Alfonso XI también compartía esta idea, pues hacía varias referencias al honor como un elemento que justificaba y legitimaba la guerra⁶¹. La importancia de esta noción estaba presente hasta el punto de considerar lógico que se desencadenase un conflicto por motivos de honra. En este sentido, según la *Gran Crónica*, Clariffe, consejero de Abu l-Hasan, consideraba que las motivaciones que alentaban a los castellanos y al Onceno para luchar eran la fama y la honra⁶².

Así pues, durante el reinado de Sancho IV y en el contexto de los conflictos por el trono castellano, las incursiones en Aragón estaban justificadas porque menguaría la honra del rey si éste no respondiera de igual manera a los ataques aragoneses sobre Castilla⁶³. De manera análoga, en 1333, aunque Gibraltar acababa de caer en manos meriníes, Alfonso XI decidió comparecer allí no sólo

⁵⁷ MACPHERSON, Ian y TATE, Robert (eds.), *El libro de los Estados*, Madrid, Castalia, 1991, pág. 207.

⁵⁸ MARTÍNEZ MARTÍNEZ, Julio Gerardo, *Acerca de la guerra y de la paz, los ejércitos, las estrategias y las armas, según el Libro de las Siete Partidas*, Cáceres, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, 1984, pág. 14.

⁵⁹ LIDA DE MALKIEL, María Rosa, *La idea de la fama en la Edad Media castellana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, pág. 222.

⁶⁰ PINTO DE MENESES, Miguel (ed.), *Spelbo dos reis*, Lisboa, Instituto de Alta Cultura, 1955-1963, vol. II, pág. 245.

⁶¹ Evidentemente, éste no era el único motivo que la Corona esgrimía para explicar o legitimar un conflicto. Además, había otra serie de discursos, como los ideales de Reconquista y Cruzada, o argumentos pragmáticos, como la defensa del reino o el servicio al rey, que también aparecían en la cronística para tal efecto. En mi artículo «Los discursos de la guerra en la *Gran Crónica de Alfonso XI*», *Miscelánea Medieval Murciana*, XXXI (2007), págs. 9-21 o en el trabajo de investigación realizado para la obtención del DEA, cuyo título es «La política militar castellana durante el reinado de Alfonso XI (1312-1350). Discursos, ideales e imágenes bélicas», he tratado estas cuestiones de manera más pormenorizada.

⁶² *Gran Crónica de Alfonso XI*, vol. II, pág. 399.

⁶³ *Crónica de Sancho IV*, en: ROSELL, Cayetano (ed.), *Crónicas de los reyes de Castilla: desde Don Alfonso el Sabio, hasta los Católicos Don Fernando y Doña Isabel*, Madrid, Atlas, 1953, vol. I, pág. 81.

por si podía recuperar la plaza, sino porque, también, «era mas su honrra llegar al castillo»⁶⁴.

La campaña del Salado también se revistió de igual tipo de discursos. Pese a la inferioridad numérica, el monarca castellano afirmó que no podía excusar la lid de ninguna manera. En la *Gran Crónica* se abundaba en esta idea, poniendo en boca del Onceno que prefería perder la cabeza antes que tener que pasar por la vergüenza de no comparecer en defensa de la villa, y recordando que no podían permitir perder «como malos lo que avian ganado sus antegessores como buenos», pues era preferible «ganar honrra e olvidando los viçios deste mundo [...] ganar fama sienpre»⁶⁵.

De nuevo, esta serie de actitudes aparecen igualmente representadas en otros textos europeos coetáneos. Así, Jean Le Bel, al relatar los intentos de mediación realizados por el cardenal de Perigord antes de la batalla de Poitiers, señalaba que el monarca francés exigía una rendición casi incondicional a los ingleses, pero el Príncipe Negro se opuso enérgicamente a esta posibilidad, señalando que preferiría morir antes que vivir con esa vergüenza⁶⁶. En esta línea, Sir Thomas Gray reprodujo el discurso que Lord Beaumont realizó durante la «campaña de los desheredados» en Escocia, en 1332. En él, arengaba a sus hombres a que pensaran en la gran tarea que tenían ante sí, para probar que descendían de buenos caballeros, en el gran honor y beneficio que Dios les había destinado y en la gran vergüenza que recaería sobre ellos si no se mostraban audaces en este asunto⁶⁷.

De un modo similar, durante el cerco de Algeciras, cuando los castellanos se aprestaban a dar batalla contra los refuerzos musulmanes que acudieron a socorrer la plaza, el Onceno, además de otros alegatos pragmáticos, apeló a la obligación de defensa de la honra (la propia y la regia) que todos debían hacer⁶⁸.

Esta idea remitía a la visión de la guerra como una actividad que, dirigida por el rey, atañía a toda la comunidad y estaba destinada a la defensa de la honra del monarca y de la seguridad del reino⁶⁹. Cada soberano irradiaba sobre sus vasallos su propio honor⁷⁰, de modo que la apelación a la defensa de éste tenía también cierta vertiente de obligación política, pues se alegaba que re-

⁶⁴ *Crónica de Alfonso XI*, vol. I, pág. 248 y *Gran Crónica de Alfonso XI*, vol. II, pág. 39. Esta sentencia recuerda que el honor no se puede ganar mediante la mera aceptación pasiva de las regulaciones sociales, sino que debe ser «constantemente afirmado y reivindicado», PERISTIANY, John, «Introducción», en: PERISTIANY, John (ed.), *El concepto del honor en la sociedad mediterránea*, Barcelona, Labor, 1968, págs. 12-13.

⁶⁵ *Crónica de Alfonso XI*, vol. I, págs. 319-320 y *Gran Crónica de Alfonso XI*, vol. II, págs. 349-352 y 380.

⁶⁶ *Chronique de Jean le Bel*, vol. II, pág. 234.

⁶⁷ *Scalacronica 1272-1363*, pág. 109.

⁶⁸ *Crónica de Alfonso XI*, vol. I, pág. 378.

⁶⁹ ALLMAND, Christopher, *La guerra de los cien años: Inglaterra y Francia en guerra, c. 1330 - c. 1450*, Barcelona, Crítica, 1989, pág. 83.

⁷⁰ LIDA DE MALKIEL, María Rosa, *La idea de la fama...*, pág. 221.

dundaba en el bien común. Es en el sentido en el que se expresaba la *Segunda Partida*, al recordar que «el pueblo deve aver plazer con la buena fama del Rey e pesar de la mala» y «tener las cosas que fueren a servicio e onrra del rey e no aquello en que le yuguiese muerte o ferida o desonrra»⁷¹.

De manera idéntica, los legados de Eduardo III de Inglaterra (1327-1377), ante las resistencias que en el Parlamento de 1340 se planteaban a las pretensiones fiscales de la Monarquía para financiar su política militar en el continente, recordaron que el Rey necesitaba ser asistido con una gran ayuda, o quedaría deshonrado para siempre y sus tierras en gran peligro⁷².

Por otro lado, los autores castellanos también consideraban que la honra funcionaba como un resorte político y militar para los musulmanes⁷³. La crónica les suponía los mismos esquemas mentales que a los cristianos, por lo que las motivaciones, en apariencia, eran idénticas, aunque, a la postre, se desvelaba la ilegitimidad de sus acciones.

Como muestra de lo anterior, uno de los motivos que, supuestamente, tenía Abu l-Hasan para cruzar el Estrecho y atacar Castilla era recuperar su honor, mancillado por la muerte de su hijo, y así tomar cumplida venganza de este hecho por las armas⁷⁴. Idea enfatizada por el rey granadino, quien exhortaba a su homólogo fecí a presentar batalla, no sólo para limpiar sus pecados a través de la Guerra Santa, sino para satisfacer su revancha⁷⁵.

No obstante, el objetivo no sólo no se cumplió, sino que el monarca meriní acabó totalmente deshonrado, pues «por miedo de la muerte olvido vergüenza del mundo, e con mengua de los suyos començo de fuyr, e dexo sus mugeres e sus hijos en su rreal en poder ageno»⁷⁶.

⁷¹ *Las Siete Partidas*, Segunda Partida, Título 13, Leyes 4 y 6.

⁷² PHILLIPS, Seymour y ORMRD, Mark (eds.), *Edward III 1327-1348*, en: GIVEN-WILSON, C. (ed. general), *The Parliament Rolls of Medieval England 1275-1504*, Woodbridge, Boydell, 2005, vol. IV, pág. 267.

⁷³ LIDA DE MALKIEL, María Rosa, *La idea de la fama...*, pág. 223. Por otra parte, Ibn Jaldún se refirió a la capitulación de Algeciras como un acto honorable, CASANOVA, Paul (dir.), *Histoire des berbères et des dynasties musulmanes de l'Afrique septentrionale*, Paris, Librairie Orientaliste Paul Geuthner S.A., 1978, vol. IV, pág. 236.

⁷⁴ *Crónica de Alfonso XI*, vol. I, pág. 302 y *Gran Crónica de Alfonso XI*, vol. II, págs. 287-289.

⁷⁵ *Gran Crónica de Alfonso XI*, vol. II, pág. 401.

⁷⁶ *Gran Crónica de Alfonso XI*, vol. II, págs. 431-432. Ana Belén Paniagua recuerda que una de las imágenes bélicas tradicionales que se asocian a los musulmanes era la de la cobardía, la huída ante un revés o muerte de un líder, que proyectaba la imagen de un mal señor que desamparaba a sus vasallos y les privaba de protección, PANIAGUA LOURTAU, Ana Belén, «Consideraciones sobre los musulmanes en la Gran Crónica de Alfonso XI», en: TORO CEBALLOS, Francisco y RODRÍGUEZ MOLINA, José (coords.), *Historia, tradiciones y leyendas en la frontera: IV estudios de Frontera: congreso celebrado en Alcalá la Real en noviembre de 2001: homenaje a Don Enrique Toral y Peñaranda*, Jaén, Diputación Provincial, 2002, pág. 427. Esta imagen no era, en absoluto, novedosa, pues, por ejemplo, el monarca almohade había hecho lo propio durante la batalla de Las Navas, *Historia de rebus Hispaniae sive Historia gothica*, pág. 273. Cualquier acusación de cobardía tenía una trascendencia política y podía acabar con la reputación de algún personaje al atribuirle tal acto deshonesto, GIVEN-WILSON, Chris, *Chronicles...*, pág. 101.

Abu l-Hasan hubiera evitado esta ignominiosa situación si hubiera escuchado a sus consejeros, quienes, ante la resistencia que ofrecía Tarifa, optaban por levantar el sitio y dedicarse a correr la Frontera, porque así tendrían «honra con provecho»⁷⁷. Este suceso ejemplificaba la existencia de cierta conflictividad al compaginar el honor con actitudes más pragmáticas.

Aunque fuera un argumento legítimo para justificar y explicar una contienda bélica, la defensa del honor tenía una serie de limitaciones. El principal problema radicaba en la capacidad de conjugarla con otra serie de actitudes más pragmáticas y prudentes. En ese sentido, hay que reseñar que tales códigos de valores resultaban muy complejos, ya que cada virtud tenía, en potencia, un vicio derivado de la misma por el exceso. Por ejemplo, muchas veces el valor o la audacia (uno de los sentidos que tiene la palabra *prowess*) resultaban indistinguibles de la altivez, el orgullo y la temeridad⁷⁸.

Esta tensión entre la honra y otras cualidades, como la prudencia o el pragmatismo, se reflejaba de manera muy clara en la cronística gestada por Alfonso XI, pues el texto se veía en la necesidad de compaginar ambas nociones en aras de presentar un retrato laudatorio del Onceno sin fisuras.

En la Baja Edad Media, entre las distintas cualidades que debían adornar a un monarca, se daba una gran importancia a rodearse de consejeros capaces y ejercer el gobierno con sabiduría, habilidad política, prudencia y, después, justicia. Asimismo, desde la segunda mitad del siglo XIII, la prosperidad del reino, muy ligada a la búsqueda de la justicia y la paz, también era un objetivo que la Corona debía auspiciar⁷⁹.

El rey, como persona dotada de un doble cuerpo, político y natural, estaba sometido también a la ética para sujetar a los embates del segundo. Para ello, debía desarrollar un claro discernimiento y poseer la virtud intelectual por antonomasia, la prudencia⁸⁰. En esta línea se expresaban las *Partidas*, las cuales, tras las virtudes religiosas, a saber, fe, esperanza y caridad, ponían en primer lugar la cordura: «obrar [...] como debe e no rebatosamente»⁸¹.

⁷⁷ *Gran Crónica de Alfonso XI*, vol. II, pág. 399.

⁷⁸ BARNIE, John, *War in Medieval Society. Social Values and the Hundred Years War 1337-99*, Londres, Weidenfield and Nicolson, 1974, pág. 95.

⁷⁹ GUENÉE, Bernard, *States and Rulers in Later Medieval Europe*, Oxford y New York, Basil Blackweel, 1985, págs. 71-73 y MARTÍNEZ, Purificación, «La historia como vehículo político...», pág. 218. El ideal regio se había tornado mucho más complejo que en épocas anteriores, ya que, por ejemplo, en su *Chronicon Mundi*, Lucas de Tuy establecía que las virtudes reales eran obedecer a Dios, la defensa de la fe católica, mantener el reino en paz, practicar la justicia y luchar contra los enemigos, RODRÍGUEZ LÓPEZ, Ana, «History and Topography for the Legitimation of Royalty in three Castilian Chronicles», *Majestas*, 12 (2004), pág. 72. Aprovecho la ocasión para consignar mi agradecimiento a Ana Rodríguez, pues sus comentarios y apreciaciones resultaron muy útiles para la elaboración del presente trabajo.

⁸⁰ RODRÍGUEZ VELASCO, Jesús, «La historia como base argumentativa de la literatura ético-política en Europa, c. 1100-1350», *Epos. Revista de Filología*, 12 (1996), pág. 205.

⁸¹ *Las Siete Partidas*, Segunda Partida, Tratado 5, Ley 8.

De esta manera, y aunque el monarca pudiera ver su honra lesionada, debía tomar decisiones que fueran en pro del reino, pues era la cabeza del mismo. Fernán Sánchez de Valladolid representaría esta tensión a través de una imagen frecuente: el contraste de pareceres entre los consejeros, guiados únicamente por la prudencia y el pragmatismo, y el rey, cuya actuación debía también estar dictaminada por el honor⁸².

Cabe recordar que los sentimientos del rey tenían una lectura política determinada. Éste no debía manifestarlos abiertamente, sino utilizarlos como una herramienta más para representar su poder. Aunque el ejemplo más evidente es el de la ira regia⁸³, se puede inferir que el sentimiento del honor sufría también una serie de limitaciones. La habilidad de encubrir estas sensaciones, cuando era necesario, se consideraba una virtud característica de los buenos monarcas⁸⁴.

Una vez más, se pueden señalar algunos ejemplos de esta visión en otras obras. Así, las *Grandes chroniques de France* mostraban la tensión entre los viejos valores aristocráticos frente a las nuevas ideas de orden y disciplina, características de la *res publica*⁸⁵. También Geoffrey Chaucer expuso esta problemática en *The Tale of Melibee*, tomando partido por actitudes más prudentes⁸⁶. Del mismo

⁸² Que el rey sea aconsejado es un lugar común en la literatura medieval AINSWORTH, Peter, *Jean Froissart...*, págs. 277-278.

⁸³ La ira como construcción discursiva en época medieval ha sido prolijamente analizada en Rosenwein, Barbara (ed.), *Anger's past: the social uses of an emotion in the Middle Ages*, Ithaca and London: Cornell University Press, 1998. En España, el trabajo clásico sobre el uso político de esta emoción por parte de los monarcas sigue siendo Grassotti, Hilda, «La ira regia en León y Castilla», *Cuadernos de Historia de España*, XLI-XLII (1965), págs. 5-135

⁸⁴ De Alfonso XI decía la crónica «por no dar a entender el su enojo, encubrió el su coraçon con grande paçiencia, como buen rrey e sabio e entendido en todas las cosas», *Gran Crónica de Alfonso XI*, vol. II, pág. 379. Del mismo modo, Jean le Bel refería que Eduardo III sospechaba que las excusas que sus aliados de los Países Bajos en 1338 utilizaban para no cumplir lo prometido eran meros pretextos, pero decidió encubrir su ira ya que enfadarse no le serviría de nada, *Chronique de Jean le Bel*, vol. I, págs. 136-142. Asimismo, como señala Ana Belén Paniagua, aunque los textos describan «buenos moros», diferían de los cristianos en que no ocultaban sus pasiones en público, PANIAGUA LOURTAU, Ana Belén, «Consideraciones sobre los musulmanes...», pág. 426. Por ejemplo, Abu l-Hasan aparecía llorando ante todos al llegar a la tumba de su hijo Abu Malik, o, tras escuchar el profético sueño de Fátima y la posterior interpretación que su consejero le hacía del mismo, se relataba que el monarca benimerín «quedo muy espantado, mas puno por encubrirlo lo mejor que pudo», lo que induce a pensar que no consiguió esconder su miedo por completo, *Gran Crónica de Alfonso XI*, vol. II, pág. 360.

⁸⁵ ALLMAND, Christopher, «The *De re militari* of Vegetius in the Middle Ages and the Renaissance», en: SAUNDERS, Corrine, LE SAUX, Francoise y THOMAS, Neil (eds.), *Writing War, Medieval Literary Responses to Warfare*, Cambridge, D.S. Brewer, 2004, pág. 20. No obstante, también hay que tener en cuenta la afirmación del profesor Michael Prestwich, quien afirma que muchas veces es imposible distinguir entre el sentido común y las ideas expuestas por Vegetio, PRESTWICH, Michael, *Armies and Warfare in the Middle Ages. The English Experience*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1996, págs. 186-187.

⁸⁶ No es casual que la mujer de Melibeus, quien finalmente le convence de que abandone sus

modo, aunque Froissart loara al Príncipe Negro por sus victorias en Crécy y Poitiers, lo consideraba un gobernante incapaz. Sus grandes héroes eran Sir Walter Mauny, como ejemplo de la caballería y los hechos caballerescos, y, especialmente, Sir John Chandos, poseedor de una habilidad militar sin parangón y el estadista por excelencia. Éste era considerado un modelo ideal, pues combinaba la destreza, lealtad, cortesía y moderación (*mesure*)⁸⁷.

De ese modo, el *corpus* historiográfico ofrecía numerosos ejemplos en los que el Onceno actuaba acorde a esta visión. Por ejemplo, frenó su ímpetu y decidió no atacar el real musulmán en 1333, pues sus consejeros le advirtieron de posibles celadas, recordándole los males que devendrían a Castilla de una hipotética muerte del soberano⁸⁸. Poco después, aunque el monarca quería continuar la guerra y recuperar Gibraltar, debía ir contra su honor y firmar una tregua por el bien de Castilla, que padecía numerosos ataques⁸⁹.

La narración también ensalzó el valeroso proceder del monarca durante la célebre batalla del Salado, pues estuvo inmerso en el fragor del combate e incluso en peligro. En ese sentido, el texto se detuvo en recalcar cómo su ejemplo y liderazgo resultaron fundamentales para sostener la línea castellana en el momento más comprometido. El contraste con la pésima actuación de don Juan Manuel, quien no se atrevió a cruzar el río para enfrentarse a los musulmanes, quedaba resaltado de un modo obvio⁹⁰. En el punto álgido del choque, cuando apenas se empezaba a vislumbrar la victoria cristiana, el arzobispo de Toledo, don Gil de Albornoz, tuvo que coger las riendas del caballo del Onceno, frenando su deseo de lanzarse contra los benimerines, diciéndole «ca los Moros son vencidos, et fio en Dios que vos sodes hoy vencedor»⁹¹, con lo que,

deseos de venganza, se llame Prudence, BENSON, Larry (ed.), *The Riverside Chaucer*, Oxford, Oxford University Press, 1987, pág. 234.

⁸⁷ BARBER, Richard, «Jean Froissart and Edward the Black Prince», en: PALMER, John (ed.), *Froissart: Historian*, Woodbridge, Boydell, 1981, pág. 34 y BARNIE, John, *War in Medieval Society...*, pág. 89.

⁸⁸ En ausencia de la cabeza, el resto del cuerpo se hallaba incapacitado para la acción, KANTOROWICZ, Ernst, *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*, Madrid, Alianza, 1985, pág. 297; Rojas Gabriel (ROJAS GABRIEL, Manuel, «El riesgo de la batalla (c. 950-c. 1250). Muerte y cautiverio en combate campal», en: IGLESIA DUARTE, José Ignacio de la (coord.), *La Guerra en la Edad Media. XVII Semana de Estudios Medievales. Nájera del 31 de julio al 4 de agosto de 2006*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2007, pág. 301) recoge unas palabras de Ricardo Corazón de León al obispo de Durham tras la batalla de Gisors (1198) que ejemplifican perfectamente esta visión: «haciendo esto nosotros (entrar en combate) no sólo arriesgamos nuestra propia vida, sino la del propio reino en contra de la advertencia de nuestros consejeros». Este ejemplo también aparece referido en STRICKLAND, Matthew, *War and Chivalry...*, pág. 322.

⁸⁹ *Crónica de Alfonso XI*, vol. I, pp.256-257 y *Gran Crónica de Alfonso XI*, vol. II, págs. 62 y 67.

⁹⁰ *Crónica de Alfonso XI*, vol. I, págs. 326-327 y *Gran Crónica de Alfonso XI*, vol. II, págs. 426 ss.

⁹¹ *Crónica de Alfonso XI*, vol. I, pág. 327 y *Gran Crónica de Alfonso XI*, vol. II, pág. 430. Palabras similares recibió Alfonso VIII de Jiménez de Rada durante la batalla de Las Navas (1212), aunque el sentido era diferente: el monarca castellano se disponía a morir con honor pues parecía que iba a ser derrotado, pero Jiménez de Rada le contradujo, afirmando que la victoria, gracias a

de nuevo, el rey actuó conforme debía, pues no cedió a sus impulsos y actuó de manera prudente.

La participación de los reyes en este tipo de enfrentamientos planteaba, de manera patente, el conflicto entre estas actitudes, pues, si se exponían de manera directa, incurrirían en una muestra de temeridad y soberbia, calificativos situados en las antípodas del ideal regio, pero, por otro lado, como buenos guerreros que eran, los soberanos debían demostrar su valor. Las distintas monarquías superaron este antagonismo situando a sus líderes a la zaga de la hueste, lo que conseguía que a éstos se les viera compartir el riesgo con los demás miembros del ejército, si bien desde una posición más segura y desde la que podrían dirigir la batalla en su conjunto⁹².

Por otra parte, se pueden encontrar ejemplos de las consecuencias negativas que podían acaecer si los monarcas se dejaban dominar por estos sentimientos y no actuaban de manera adecuada. Un ejemplo muy claro lo proporcionaba Pedro II de Aragón, muerto en la batalla de Muret (1213). Pese a los tintes heroicos y honorables que le confería el haber fallecido en combate, su recuerdo sería, entre otros epítetos negativos, el de un rey temerario e inconsciente⁹³.

El desastre francés en Crécy también se explicaba por esta causa, pues el deseo de Felipe VI de luchar contra sus enemigos hizo que, en cuanto avistó a los ingleses, diera la orden de atacar, desoyendo el consejo de quienes, lealmente, le recomendaban descansar esa noche y esperar al día siguiente para luchar⁹⁴.

Del mismo modo, en la obra de John Barbour, Edward Bruce es criticado porque no era capaz de conjugar estas antagónicas virtudes y carecía de la medida necesaria⁹⁵. El autoproclamado rey de Irlanda se lanzó a la lucha en Faug-

Dios, estaba de su lado. MENÉNDEZ-PIDAL, Ramón (ed.), *Primera Crónica General de España*, Madrid, Gredos, 1977, vol. II, pág. 701. Esta versión difiere ligeramente del texto primigenio, en la *Historia de rebus Hispaniae*, realizada por el propio arzobispo toledano, también se mencionaba a Fernando García entre los que aconsejaban al rey. «Fernandus uero Garsie uir strenuus et in milicia industrius, retardauit ipsum regem, consulens ut obseruato moderamine procederent ad sucursum», *Historia de rebus Hispaniae sive Historia gothica*, pág. 272. Del mismo modo, Sir John Chandos, durante la batalla de Poitiers, aconsejó al Príncipe Negro que se detuviera y reuniera a sus tropas, pues, gracias a Dios, la victoria había sido suya, *Chronicles*, pág. 141.

⁹² ALVIRA CABRER, Martín, *12 de Septiembre de 1213...*, págs. 198-199, 321-322 y 330-331. Por ello, el Onceno se situó en el cuerpo central del ejército, pero no en primera línea. De un modo similar, Eduardo III se situó en la retaguardia de su ejército en la batalla de Crécy.

⁹³ ALVIRA CABRER, Martín, *12 de Septiembre de 1213...*, pág. 411.

⁹⁴ *Grandes chroniques de France*, vol. IX, págs. 274-276. Por su parte, tanto Jean le Bel como Froissart reproducían esta misma idea, aunque también subrayaban la culpabilidad de los nobles franceses, quienes se dejaron llevar por el orgullo y la envidia («par orgueil et envie»), *Chronicles*, págs. 86-88 y *Chronique de Jean le Bel*, vol. II, págs. 101-102.

⁹⁵ CAMERON, Sonja, «Chivalry and Warfare in Barbour's *Bruce*», en: STRICKLAND, Matthew (ed.), *Armies, Chivalry and Warfare in Medieval Britain and France. Proceedings of the 1995 Harlaxton Symposium*, Stamford, Paul Watkins, 1998, págs. 18-19.

hart (1318) sin esperar a los cercanos refuerzos de los que disponía, y allí encontró la muerte. El autor consideraba que habría vencido si su sobresaliente coraje se hubiera llevado con inteligencia y moderación⁹⁶.

Así pues, compaginar ambos elementos era una ardua tarea. En algunas ocasiones, el antagonismo de las dos posturas llevaba a que no hubiera un modo de actuación ortodoxo, por lo que Fernán Sánchez de Valladolid siempre consideraba que la decisión que tomara el rey era la correcta en cada momento.

Por ejemplo, tras el infructuoso intento de recuperar Gibraltar en 1333, el asesinato del rey de Granada infundió la sospecha de que, pese a haberse suscrito una tregua con nazaríes y meriníes, éstos podían realizar un ataque sorpresa. Numerosos personajes de la Corte pidieron al monarca que huyese por la noche, a lo que él se negó en rotundo, porque pondría en peligro a su gente y menguaría su honra⁹⁷.

En esta línea, a principios de 1342, Alfonso XI abogaba por asediar Algeciras de inmediato, pero los problemas de abastecimiento que sufría la hueste regia y el escaso tamaño de la misma provocaron que sus consejeros le hicieran desistir de su propósito, dilatando la empresa unos meses⁹⁸. En el ejemplo anterior, aunque el monarca siguió el consejo de su círculo de colaboradores, él tenía razón, pues la *Crónica* sostenía que, si hubiera atacado inmediatamente, habría tomado la ciudad casi en el acto, ya que apenas gozaba de protección en ese instante. En el citado caso, la prudencia no dio resultado, pues llevó a que tuviera que recurrirse a un largo asedio para conquistar la plaza, siendo el perjuicio económico y político para el reino de gran calado.

En cualquier caso, la figura regia siempre estaba al resguardo de cualquier crítica. Por otra parte, el cronista tampoco reprochaba a los consejeros del monarca sus opiniones, pues sería una manera de atacar al propio Alfonso XI, quien los mantenía junto a sí⁹⁹.

⁹⁶ DUNCAN, Archibald (ed.), *John Barbour. The Bruce*, Edimburgo, Canongate, 1997, págs. 670-671 y 674-675 (versos 64-69 y 176-183 del libro 18). Igualmente, para Sir Thomas Gray, la arrogancia fue la causa de la muerte de Edward Bruce, *Scalacronica 1272-1363*, pág. 77.

⁹⁷ *Crónica de Alfonso XI*, vol. I, pág. 258 y *Gran Crónica de Alfonso XI*, vol. II, págs. 68-69.

⁹⁸ *Crónica de Alfonso XI*, vol. I, pág. 342.

⁹⁹ Como se mencionó anteriormente, el *corpus* historiográfico resaltaba las enérgicas actuaciones con las que Alfonso XI sometió a la levantisca nobleza y prosiguió la Reconquista frente a las timoratas y pusilánimes acciones del rey Sabio, GÓMEZ REDONDO, Fernando, *Historia de la prosa medieval castellana. I La creación del discurso político: el entramado cortesano*, Madrid, Cátedra, 1998, pág. 971 y «De la crónica general a la real. Transformaciones ideológicas en *Crónica de tres reyes*», en: MARTIN, Georges (ed.), *La historia alfonsí: el modelo y sus destinos (siglos XIII-XV)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2000, pág. 110. Su padre, Fernando IV, también aparecía descrito como un monarca débil, manipulado por los validos, *Crónica de Fernando IV*, en: ROSELL, Cayetano (ed.), *Crónicas de los reyes de Castilla: desde Don Alfonso el Sabio, hasta los Católicos Don Fernando y Doña Isabel*, Madrid, Atlas, 1953, vol. I, págs. 120-121, 123 y 160. De ese modo, no podía aparecer rodeado de malos consejeros, puesto que transmitiría una imagen negativa por no haber sabido seleccionar a su círculo de colaboradores. Desde la crónica del XIII, dar crédito a habladurías o escuchar a malos

El conflicto entre ambos discursos quedaba nuevamente ejemplificado en la campaña final del Onceno. La pérdida de Gibraltar era la «mayor mancilla que tenía el rey en su corazón», por eso desoyó a sus consejeros y decidió mantener el asedio pese al brote de Peste. El vencedor del Salado moría, a causa de la epidemia, el 27 de marzo de 1350¹⁰⁰. No obstante, su decisión no recibió ningún tipo de reproche. Incluso el juicio de la *Gran Crónica* había sido ya rotundo tras la victoria del Salado:

«e en todas las cosas que este bien aventurado rrey de Castilla fizo, no le fallan los omes en que le travar synon en esto solo, por que non siguió a los moros fasta la noche [...] como quiera que el buen rrey non dexo de hazer esto con mengua de cavalleria nin bondad del su cuerpo, mas fizo lo por que se fallo muy sin compañía [...] ca las mas compañías quedaron en el rreal rrobando [...]»¹⁰¹.

CONCLUSIONES

A lo largo de estas líneas se ha intentado mostrar cómo la cronística gestada durante el reinado de Alfonso XI proyectaba una serie de imágenes bélicas en las que se consideraba la guerra una actividad de prestigio¹⁰². Aunque compartía una serie de ideas y percepciones comunes con numerosos textos europeos coetáneos, resulta difícil establecer una definición precisa del honor, pues era una noción sumamente compleja y que, en varias ocasiones, se oponía frontalmente a la propia realidad militar de la época.

La visión que ofrecía la cronística tampoco podía encasillarse de una manera sencilla en el calificativo de «precedencia» (aquél que se alcanzaba por el nacimiento o posición y conllevaba una visión jerarquizada de la sociedad, ya que habría una manifiesta desigualdad honorífica¹⁰³), concepto de uso frecuente

consejeros era propio de monarcas débiles, véase RODRÍGUEZ LÓPEZ, Ana, «De Rebus Hispaniae frente a la Crónica Latina de los Reyes de Castilla: virtudes regias y reciprocidad política en Castilla y León en la primera mitad del siglo XIII», *Cahiers de Linguistique et de Civilisation Hispaniques Médiévales*, 26 (2003), pág. 136.

¹⁰⁰ ORDUÑA, Germán (ed.), *Crónica del rey don Pedro y del rey don Enrique, su hermano, hijos del rey don Alfonso Onceno*, Buenos Aires, Seminario de Edición y Crítica textual, Incipit, 1994, págs. 3-4. El profesor Díaz Martín considera este dato incorrecto y fecha la muerte del Onceno en la noche del 25 al 26 de marzo, entre el Jueves y Viernes Santo de 1350, DÍAZ MARTÍN, Luís Vicente, *Itinerario de Pedro I de Castilla. Estudio y Regesta*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1975, págs. 44-45.

¹⁰¹ *Gran Crónica de Alfonso XI*, vol. II, pág. 433.

¹⁰² Otro tipo de documentos, como los fueros locales, también compartían esta visión, aunque no atribuían a la elite social la práctica militar de manera exclusiva, MADERO, Marta, *Manos violentas...*, págs. 31-32.

¹⁰³ PITT-RIVERS, Julian y PERISTIANY, John, «Introducción», en: PITT-RIVERS, Julian y PERISTIANY, John (eds.), *Honor y gracia*, Madrid, Alianza Universidad, 1992, pág. 21 y MAIZA OZCOIDI, Carlos, «La definición del concepto de honor...», pág. 194.

en los estudios antropológicos. En teoría, el honor de la clase superior —de precedencia— era inexpugnable, y el propio rey nunca podía ser deshonrado, pues su figura era la propia garantía para la evaluación de cualquier acto¹⁰⁴. No obstante, como la lectura del propio texto constata, esto no se manifestaba así. El *corpus* historiográfico sólo concedía honor a la elite, por lo que era ese grupo el que debía salvaguardarla. Asimismo, la idea de la doble naturaleza del rey, expresada por Kantorowicz, muestra que, como institución, la Corona era inmortal y estaba a salvo de cualquier descrédito, pero, como persona, cada monarca debía demostrar su validez y honorabilidad para el cargo¹⁰⁵.

En ese sentido, se podría considerar que los enormes cambios que la práctica bélica experimentó en el siglo XIV, pues hasta algunos autores usan el término «revolución militar» para referirse a este período¹⁰⁶, alentaron el deseo de la elite de subrayar su importancia y protagonismo en la guerra, ya que estaba en entredicho. No obstante, tampoco parece que fuera una idea novedosa, pues, por un lado, la presencia de personas de baja extracción social era una constante en toda la época medieval y, por otro, esta tensión entre una visión ideal y la realidad de los conflictos ya aparecían en obras anteriores. Por citar un ejemplo, *L'Histoire de Guillaume le Maréchal* debía conjugar la visión heroica de dicho personaje con los pormenores habituales de la guerra¹⁰⁷.

En lo que respecta al caso castellano, la situación se torna aún más compleja, pues, como se mencionó anteriormente, no se conoce con exactitud la composición de los ejércitos de este período, por lo que difícilmente se puede inferir

¹⁰⁴ PERISTIANY, John, «Introducción», en: PERISTIANY, John (ed.), *El concepto del honor en la sociedad mediterránea*, Barcelona, Labor, 1968, pág. 15 y PITT-RIVERS, Julian, «Honor y categoría social», pág. 37.

¹⁰⁵ Véase KANTOROWICZ, Ernst, *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*, Madrid, Alianza, 1985. Por ejemplo, la *Crónica latina de los reyes de Castilla* consideraba que obtener la Corona no tenía ningún sentido si se extinguía la gloria real o no se cosechaba resultado alguno, motivo por el que Fernando III estaba impelido a declarar la guerra contra los reinos islámicos en cuanto se afianzara en el trono, RODRÍGUEZ LÓPEZ, Ana, «History and Topography...», pág. 74 y «Sucesión regia y legitimidad política en Castilla en los siglos XII y XIII. Algunas consideraciones sobre el relato de las crónicas latinas castellano-leonesas», *Cahiers de Linguistique et de Civilisation Hispaniques Médiévales*, 16 (2004), pág. 23

¹⁰⁶ Autores como Michael Prestwich afirmaron que la Peste Negra truncó esta revolución, pues impidió que las reformas militares de los años anteriores se consolidaran (PRESTWICH, Michael, *Armies and Warfare...*, pág. 342), mientras que otros como Clifford Rogers sí califican de esta manera a dicho período, ROGERS, Clifford, «The Military Revolution of the Hundred Years War», en: ROGERS, Clifford (ed.), *The Military Revolution Debate*, Oxford, Westview Press, 1995, págs. 55-93.

¹⁰⁷ Por un lado, la descripción de asedios, saqueos o cabalgadas era mucho más frecuente que el relato de batallas campales, aunque en éstos el autor se detuviera con mayor atención. Asimismo, el texto no se limitaba a narrar los acontecimientos más honorables de la guerra, sino que también refería la destrucción y sufrimiento que ésta provocaba, GILLINGHAM, John, «War and Chivalry in the History of William the Marshall», en: STRICKLAND, Matthew, *Anglo-Norman Warfare. Studies in Late Anglo-Saxon and Anglo-Norman Military Organization and Warfare*, Woodbridge, Boydell, 1992, págs. 262-263.

si esta actitud era una respuesta a un cambio militar o si, simplemente, consistía en repetir una imagen recurrente desde épocas anteriores.

Éste es el gran problema que la crónica plantea al narrar acontecimientos bélicos: en numerosas ocasiones sus relatos derivaban de lugares comunes de la literatura anterior, no de incidentes actuales¹⁰⁸. En dicho sentido, en las líneas anteriores se han mostrado las claras similitudes que distintos textos mostraban al describir ciertas escenas, como la huida del enemigo o el gesto de coger las riendas del general victorioso para frenar su ímpetu, que se convertían en imágenes bélicas recurrentes. Asimismo, otras características de estas obras, como el deseo didáctico de sus autores y su afán por presentar verdades universales, o su marcado contenido ideológico, algo evidente en la narración de Fernán Sánchez de Valladolid, iban en detrimento de la precisión factual.

Todos estos aspectos convierten a las crónicas en documentos susceptibles de interesantes análisis, pero, por otra parte, la notable ausencia de otro tipo de fuentes en Castilla para la primera mitad del siglo XIV hace que cualquier estudio sobre aspectos militares tenga una excesiva dependencia del *corpus* historiográfico emanado de la Corona¹⁰⁹. Así considerado, el estudio de las cuestiones bélicas del período, aunque presenta diversas dificultades y limitaciones, resulta un tema estimulante y con enormes posibilidades si se tiene una predisposición crítica respecto a este tipo de textos.

Recibido: 22-01-2009

Aceptado: 24-03-2009

¹⁰⁸ Un análisis detallado de las influencias clásicas en la narración de batallas revelaría muchos de estos préstamos literarios, CURRY, Anne, *The Battle of Agincourt...*, pág. 20.

¹⁰⁹ El ejemplo más evidente aparece en el análisis de la batalla del Salado realizado por Ambrosio Huici Miranda en HUICI MIRANDA, Ambrosio, *Las grandes batallas de la Reconquista durante las invasiones africanas: (Almorávides, Almohades y Benimerines)*, Granada, Universidad de Granada, 2000 (1.ª ed. 1956).